

pasarán unos instantes, y la piedra cerrará el sepulcro de Jesús, y se habrá ocultado enteramente á los ojos de María el Hijo de su seno; y aunque su Cuerpo Santo, aun en la mansión obscura de los muertos, es la maravilla de Dios, ¿acaso no está escrito: «¿Cómo han de ser conocidas en las tinieblas tus maravillas?» (1). Y ¿por ventura podrá existir para una madre un dolor más vivo y penetrante que el dolor de no conocer al hijo de su seno?

Si María no conoce á Jesucristo en el sentido ya explicado, ¿á quién conocerá? Oigamos á San Pablo: «Si alguno está en Jesucristo, ya es criatura nueva..... Y toda ella es obra de Dios, el cual nos ha reconciliado consigo por medio de Cristo» (2). Acabamos de nacer en el seno de María; estamos aún oyendo la voz del Salvador, que dice á su Santa Madre: «Allí tienes á tu hijo.» Somos, pues, nosotros esas nuevas criaturas á quienes María conocerá, y á las que también tenga que cuidar, amorosa y diligente, como al Hijo Santo que nació de sus entrañas.

Así amó Dios al mundo, que le dió á su Hijo Unigénito, y el Hijo se entregó á sí mismo por nosotros; mas después de estas pruebas tan grandiosas, y que no tienen semejante, ¿podráse hallar alguna comparable á la que encierran estas palabras de Jesús: «Allí tienes á tu Madre»? Lo más grande, lo más hermoso y santo, lo más amado al

(1) Ps. LXXXVII, 13.

(2) II Cor., v, 17, 18.

corazón de Dios, el tesoro riquísimo de cielo y tierra, la flor de la esperanza, la obra maestra del poder divino, la criatura en quien Dios ha hecho descansar todo su amor, y que ha correspondido tan perfectamente á sus designios: hé allí lo que el Señor nos da al morir. ¿Qué valen, en comparación de tan preciosa y rica dádiva, los mundos que han salido de la nada? Sólo Dios la excede, y Dios mismo se ha inclinado á Ella de tal suerte, que, dejándose ligar con los lazos de su amor, ha venido á descansar en sus entrañas; y la preciosa y sacrosanta Madre, al llevarlo en brazos, ha dicho con verdad que es todo suyo. ¡Cuán rico es el tesoro que el Señor nos da! Si morimos de amor hacia Jesús, si expiramos en medio de tormentos por su gloria, ¿habremos pagado tan inmensa deuda? ¡Ah, que María vale más que la vida de todos los mortales, y tan rico y excelente don jamás lo pagaremos dignamente!

Sin sentirlo nos hemos ocupado ya en las palabras que Jesús dijo á la Divina Madre, ó bien en las que dirigió á San Juan, porque al oír unas y otras, sentimos abrasado el corazón, y no cabía en el pecho tan gran ternura. ¡Ser María nuestra Madre, ser nosotros hijos de María! ¡Oh divino pensamiento que arrebató y suspende nuestras almas, y hace dulcísima y amada la existencia! ¿Por qué no arrojarnos desalados á los pies de nuestra dulce Madre, y olvidando un instante las angustias que devoran su triste corazón, los abrazamos con ternísimo cariño, dejándolos bañados con el llanto? Ella es por quien sin cesar suspira el corazón: por todas partes la buscan nuestros ojos,

que están en las tinieblas si no reciben la luz de sus pupilas.

No olvidemos que nos hallamos en el monte del dolor, y si nosotros, al ser adoptados por hijos de María, alcanzamos inefable dicha, Ella tiene que sufrir terriblemente, no sólo por perder al Hijo de su amor, mas también porque las pruebas de ternura que el Señor la da, conmueven otra vez su corazón. En efecto, contempla la Sagrada Virgen los desvelos amorosos de Jesús por Ella: la encomienda al cuidado de su fiel discípulo, quien la toma desde luego por su Madre; y ese hijo sabrá cuidarla, socorrerla y defenderla: será como el ángel que guarde la puerta del Paraíso del Señor; y Su Majestad, que ha permitido contra su persona las injurias y blasfemias de los hombres, jamás permitirá que el Santuario de su gloria sea profanado por algún indigno (1), cual si quisiese cuidar, con preferencia á la suya, la honra de su Santa Madre. Semejante conducta por parte de Jesús, interesa vivamente el amor de María; y tal amor en esas circunstancias, y estas pruebas de tan gran cariño en los últimos instantes de Jesús, llenan de amargura el corazón de la sensible Madre, que es honrada por su Hijo, aun en el nombre mismo que la da: mujer; palabra que en el idioma de que usó el Divino Salvador, indica respeto y atención (2).

El discípulo la recibió por Madre suya. Tal era la voluntad de Jesucristo, manifestada entonces á

(1) Arnold. De Septem verbis.

(2) Calmet, hic.

San Juan; mas respecto de María no hallamos escrito que nos temase por sus hijos, porque de Ella no podía dudarse que lo hiciera (1). Aun más: hacía ya muchos años que la Santa Madre conocía la voluntad de Dios sobre el particular; y desde ese tiempo su tierno corazón tenía para los hombres toda la ternura de una madre; y en el Calvario no hace, por decirlo así, más que recibir el testimonio público y solemne, por el cual el Señor la constituye Madre de los hombres.

¡Oh, si todos nosotrosuviésemos, como San Juan, á María por nuestra Madre! Como hijos debemos respetarla, obedecerla y consagrarla los más tiernos afectos del corazón. Su nombre debe ser para nosotros muy sagrado; su recuerdo nos debe acompañar á todas partes; el pensamiento de su amor debe llenar todos los momentos de la vida: si decimos una palabra, que sea para glorificarla; si suspiramos, en el suspiro debemos mandarla el corazón; si trabajamos, sea delante de sus ojos, y siempre sostenidos de su mano; si tomamos descanso, será bajo su sombra: en fin, si vivimos ó morimos, será por gloria suya y por cumplir con el deber de buenos hijos de tan dulce y amorosa Madre.

(1) Salmerón, T. 41.

§ II.

«¡Dios mío, Dios mío! exclama Jesús con gran voz, ¿por qué me has desamparado?» (1). Cuando la Santísima Virgen oyó tales expresiones, un nuevo y acerado dardo se clavó en su pecho: el Hijo de Dios, que ha sufrido los azotes, las espinas y los clavos, sin abrir su boca, y semejante al cordero que se deja esquilarse (2), por fin se queja con esas sentidísimas palabras. «¿Han agobiado los tormentos al Señor? ¿Faltó la fuerza al León invencible de Judá?» Tales palabras llenas están de misterio (3), y encierran, en su laconismo, profundos sacramentos, llenos de amor y celestial sabiduría; su misma obscuridad nos recomienda detenernos un instante en su meditación. Jesucristo se hallaba próximo á la muerte, y, sin embargo, exclama con esforzada y grande voz, quejándose del terrible abandono que padece. Tal queja nos descubre que el Señor ha tomado verdaderamente nuestra carne, y aquel gran clamor revela que muere por su voluntad, y que en el instante mismo de su muerte, tiene una fuerza que jamás le deja (4); mas poniendo á un lado, por decirlo así, el poder de su diestra soberana,

(1) Matth., xxvii, 46.

(2) Isa., liii, 7.

(3) D. Paschas, in Matth., l. 12.

(4) Eutym, hic.

clama al Padre, implorando su clemencia; ¿al Padre? ¡Ah! que ahora que trata de su propia causa, no toma en sus labios tan sagrado nombre, cual si quisiese reservar para nosotros toda la ternura que trascienden nuestras almas, al decir: «¡Padre mío, Padre mío!» Se trata de alcanzar al hombre la indulgencia, y Jesucristo exclama: «¡Padre!, conmoviendo así las entrañas del Eterno: el Salvador está rodeado de dolores, y en un piélago insondable de amargura; y cual si olvidara el nombre de su Padre, solamente dice: «¡Dios mío, Dios mío!» A su inmensa ternura no bastó el darnos á su Santa Madre; quiere también, lo mismo que el Padre, que nos llamemos hijos de Dios, y lo seamos en efecto (1).

Un amor tan grande merece ser pagado con los últimos esfuerzos del cariño; y al reflexionar en esto, á la luz de la fe, y bajo la santa inspiración de la piedad cristiana, parece imposible que el mundo no ame á Jesucristo; y, sin embargo, este Dios que se quejaba del terrible abandono de su Padre, es también abandonado de los hombres; y aunque vive entre ellos, está puesto en un profundo olvido. Cuando, pues, María oye que el Divino Salvador se queja en su abandono, y vuelve sus miradas á los hombres, sin hallar quien le consuele, y penetrando las edades venideras, y viendo en todo tiempo, y en todos los ángulos del mundo, la funesta sombra del olvido de Jesús, que envuelve como un velo de tinieblas y muerte á todos los mortales, siente su alma de-

(1) I Joann., iii, i.

solada y llena de aficción; quiere en las ondas de su amor ahogar tan triste olvido; y con la gran fidelidad de su cariño, que no abandona un solo instante al Salvador, compensa, cuanto en Ella está, el abandono de los hombres: en esto quedan cumplidos sus deseos; mas ¿cómo llenar, si lícito es decirlo, el vacío de Dios en el corazón de su Hijo, y dar algún consuelo á Jesucristo, á quien el Padre lo ha negado? A pesar de los últimos esfuerzos de cariño de esa Madre, el Hijo tiene que morir bajo el peso de la terrible aficción que lo está oprimiendo. ¿Habrá dolor comparable al que entonces padeció María, ó palabras que lo expresen dignamente, ó corazón, en fin, de algún mortal, que sentirlo pueda en toda su grandeza?

Aun no llegamos á la cumbre de los dolores de la Santísima Virgen. El Padre, al abandonar al Salvador, no escuchó sus ruegos, que le pidieron apartase de sus labios el cáliz de la pasión; mas le entregó á la muerte. María no sólo no alcanza á consolarle, sino que también por parte suya le deja en manos de la muerte; por esto, aunque se halla presente en el Calvario, le tiene también abandonado, pues de Ella decir podemos con verdad, que así amó al mundo, que entregó por él su Hijo á la pasión y muerte.

También el Padre estaba en el Calvario, y sin embargo, Jesucristo le ha dirigido estas palabras: «Dios mío, ¿por qué me has abandonado?» Puede, por lo mismo, el Señor exclamar en su agonía: «Pensativo miraba si se ponía alguno á mi derecha para defenderme; pero nadie dió á entender

que me conociese. Halléme sin poder huir, y sin nadie que mirase por mi vida» (1).

El Señor es el amparo de los huérfanos, es su Padre (2); Jesucristo se halla en tal estado: es como un huérfano á quien sus padres han abandonado; ¿podrá, como David, decir que á consecuencia de abandono semejante, el Eterno lo ha tomado por su cuenta? (3). ¡Oh colmo del dolor! Su Padre es Dios, y Dios precisamente es quien lo tiene abandonado. Es su Madre la Virgen sin pecado, y Ella está conforme enteramente con la voluntad de Dios.... ¿Á dónde, pues, volverá sus ojos moribundos el Divino Salvador? Y en cuanto á Vos, ¡oh Madre incomparable! ¿quién ha podido daros semejante fortaleza? ¡Estar presente á los últimos momentos de Jesús, y dejarle en manos de la muerte, y consentir que acabe la vida entre dolores é indecibles agonías! ¿Qué habríais contestado á vuestro Hijo, si á Vos también hubiese dicho: «¿Por qué ¡oh Madre! me has abandonado?» Imitando la conducta del Eterno, vuestros labios no habrían dicho una palabra, y Jesús hubiera continuado en su agonía, abandonado del cielo y de la tierra, de Dios y de su Madre....

Mas hé aquí que Jesucristo vuelve á hablar, diciendo: «Tengo sed» (4). Y ciertamente, era muy grande la sed que padecía el Señor: los tormentos, la efusión de su preciosa sangre, y la falta de be-

(1) Ps. CXLI, 5.

(2) Idem IX, 14; LXXVI, 6.

(3) I Jem XXVI, 10.

(4) Joann., XIX, 28.

bida desde la víspera, la producían muy ardiente y penosa en Su Majestad. Mas no es ésta la sed principal que atormenta el corazón de Jesucristo: de nuestras almas es de las que tiene sed: la salvación de todos los mortales, cual sed abrasadora le consume: nace de la fuente de su amor, de la extensión de su divina caridad; quiere dárse-nos, y tiene sed del hombre: sed que le causaba más tormento que la misma cruz; y para dejarla satisfecha gustó el vinagre y lo convirtió en excelente vino, mudando á los in-píos y recibiendo al pecador á penitencia (1).

Mas Jesucristo acaba de quejarse del terrible abandono que padece, y se nos presenta como agobiado bajo el peso de mortal congoja; ¿cómo después de esto exclama, manifestando el gran deseo que tiene de la salud de los mortales? Para obtenerla es indispensable la consumación del terrible sacrificio; que sigan todavía cayendo sobre su divina frente los rayos de la terrible justicia del Señor: no tan sólo habrá de padecer el más triste y terrible abandono; además, su Padre le quebrantará con grandísimos trabajos (2). Por lo mismo, así como las palabras que Jesús habló, manifestando sus angustias, nos descubren al hombre que padece, las que ahora examinamos nos muestran al Divino Redentor, que ha venido á salvar al mundo por medio de la cruz; y que con abrasadas y amorosas ansias suspiraba por ver llegado el tiempo en que daría su vida por

(1) D. Laurent. Justin, De Agone, c. 19.

(2) Isa., LIII, 10.

nosotros (1). Por esto, esa sed es de más trabajos y aflicciones que nos revelasen con luces más vivas su inmensa caridad: los grandes tormentos que ha sufrido aun no le satisfacen, ni extinguida está, ni lo estará jamás, la llama de su amor: y si fuera grato al Padre, desearía sufrir de nuevo los tormentos de la cruz (2).

La sed de Jesucristo nos revela el deseo que tiene de agotar todos los dolores y aflicciones de los hombres. Él es el Ángel del gran consejo, que más bien que el otro que descendió al horno donde estaba Azarías, nos preserva del fuego de la tribulación, con el rocío de su gracia celestial, apurando Él mismo todas nuestras penas (3). Y tal es, efectivamente, el verdadero carácter del amor: para el amado es todo el bien, y todos los trabajos son para quien ama.

¡Oh! Si el hombre llegase alguna vez á comprender la ternura inmensa que revela esta palabra de Jesús: «Tengo sed», ¿pudiera dejar de contestarle: «Yo también, mi amado Padre, tengo ardiente sed de vuestro amor?» Entonces, todos los dolores y las cruces, y las penas más amargas de la vida, serían para nosotros un objeto de codicia, y veríamos que padecer por Jesucristo es una gloria. Y ¿habría para nosotros mayor consuelo, que al terminar nuestra carrera hallásemos que nuestras sendas habían sido las sendas del Calvario, y poder decir en ese tiempo: «La voluntad de

(1) Luc., XII, 50.

(2) Blossius, De Pasione, c. 18.

(3) Tertul., L. 4. Contr. Marci., c. 21.

Dios está cumplida: todo se ha consumado.» Tal fué otra de las palabras que salieron de los labios del Salvador agonizante. Todo se había consumado; cumplidos estaban los anuncios de los profetas, y nada restaba por hacer, antes de la muerte de Jesús, que no se hubiese cumplido (1).

La voluntad del Padre se ha cumplido; Su Majestad ordenó el sacrificio de Jesús, y este Hijo, obediente hasta la muerte, expira en un madero (2).

La Víctima Divina ofrece al Eterno su inocente vida, y nos revela en la inmensa efusión de su ternura que nada tiene que no lo entregue por salvarnos.

Todo se ha consumado. Jesucristo había ya puesto á su Santa Madre bajo el cuidado de San Juan; éste fué su precioso testamento, la rica herencia que nos legó al morir; el fin, por último, que consumó sus obras, dejándolas veladas en el misterio de la piedad filial hacia María (3). Y realmente, en el culto de esta Santa Madre hallamos la última expresión de la virtud. En Ella están unidas todas las maravillas del Señor; es el místico lazo que nos une al cielo; por quien subimos hasta el mismo Dios, y por quien Su Majestad desciende hasta nosotros. Es el principio de todos nuestros bienes, pues nos ha dado á Jesucristo; en fin, por Ella obtenemos todas las gracias: el amor divino, la perseverancia, el cielo. Es el Alfa y la Omega,

(1) D. August., T. 119, in Joann.

(2) D. Paschas., in Matth., L. 12.

(3) D. Ambros., Epist. 79.

la primera y la última, el principio y el fin, después de Jesucristo (1).

Dejemos por ahora de contemplar el poder y la grandeza de María, y escuchemos la última palabra que sale de los labios del Señor: «Padre, en tus manos encomiendo mi espíritu» (2). Era necesario que el Maestro de los hombres, aun en su postrer palabra, nos diera importantísima enseñanza, descubriendo al mismo tiempo su ardiente amor hacia el Padre, por cuya gloria expiraba en el suplicio. ¡Ah, cuán grande y admirable es este amor! Sediento, abandonado y muriendo sumergido en un piélago de inmensos dolores....., y con todo, lleno de confianza en su amoroso Padre, le dirige estas palabras, que revelan la más santa dulzura: «Padre, en tus manos pongo mi espíritu.» Jamás el Padre podrá desconocer á su Hijo muy amado; jamás el Hijo podrá ignorar el amor infinito de su Padre.

Jesús inclina la cabeza, mostrando adoración profunda, suma reverencia y acción de gracias por todo lo que ha sufrido por honrarle y ver cumplida ya la redención del mundo (3). Inclina la cabeza, cual si descansar quisiera en el amoroso seno de su Padre, y dormir bajo su sombra el sueño de la muerte (4).

Indícanos también la inclinación de la cabeza de Jesús al expirar, que Él es el mediador supremo

(1) Apoc., XXII, 13.

(2) Luc., XXIII, 46.

(3) Carthus., hic.

(4) Origen., Hom. 85, in Matth.

que nos llama para reconciliarnos con su Padre; mediador que tiene para con el hombre inagotable copia de misericordia; que nos da su gracia, y se inclina á la indulgencia, y propende sin cesar á perdonarnos (1).

El Señor dobla su divina frente hacia su Santa Madre, cual si quisiese pedirle su licencia, aun para dejar la vida; y lo cierto es que hasta el postrer instante quiere honrarla. Tal vez con esto indica el Salvador que, al separarse de los hombres, queda en su lugar la Santa Madre, á quien hemos de acudir en todas las congojas de la vida, pues nadie, después de Jesucristo, como Ella cuidará de los mortales, para quienes siempre alcanzará perdón y todas las gracias de los cielos (2).

Veamos ya el efecto que produjeron las tres últimas palabras del Señor en el alma de María, y cómo esos dardos encendidos la iban penetrando y causaban en su afligido corazón nuevos dolores. La Virgen Santa oye al Salvador quejarse de la terrible sed que padecía, y no se le permite refrigerar sus abrasados labios....., y por su parte, Ella no tiene sino el agua de su llanto (3). Recordaba en ese instante, que su Hijo era el río de Dios (4), que rebosa en aguas vivas, que hizo brotar una fuente milagrosa en el desierto, para alivio de su pueblo (5), y que antes había dicho á

(1) D. Laur. Justin. De Agone, c. 20.

(2) Hugo, hic.

(3) D. Vincent. Fer., ap. Bald.

(4) Ps. XLV, 5.

(5) Exod., XVII, 6.

los judíos: «Si alguno tiene sed, venga á Mí y beba. Del seno de aquel que cree en Mí, manarán ríos de agua viva» (1). Mas si tales recuerdos la llenaban de dolor, ¿cuál sería el que sintió su corazón al ver que los soldados, empapando en vinagre una esponja, la aplicaban á la boca del Señor? La leche que le dió en Belén, ese néctar sagrado de los cielos, veáse al presente sustituido con aquel brebaje tan amargo; los labios que derramaron siempre la dulzura, y la lengua que destilaba miel y leche, padecen un tormento que nunca merecieron.....

Quedó, pues, el alma de María sumergida en un océano de dolor, y sintiendo la más viva y tierna compasión.

Aquella palabra de Jesús, que anunciaba que todo se había ya consumado, y que hizo estremecer de agudísima é indecible pena las entrañas de la Santa Virgen, al descubrir que un instante de vida nada más quedaba á su Hijo muy amado, y las terribles emociones de ese corazón de Madre, vienen unas en pos de otras, sin darle algún descanso, como las olas de agitados mares.

Hé aquí cómo sigue á las que le preceden, una nueva pena: Jesús ha encomendado su espíritu en manos de su Padre; ya sus labios no volverán á decir otra palabra, pues la muerte pone sobre ellos su inviolable sello: ¡qué momentos tan llenos de dolor para una madre!..... María inclina su sagrada frente, y se resigna con la adorable voluntad de Dios; mas esto no impide que su cora-

(1) Joann., VII, 37, 38.

zón se sienta destrozado y que la más terrible angustia llene su alma, haciéndola probar lo último y más amargo del dolor.

¡Oh Madre afligidísima! ¿Quién será capaz de concebir la extensión de tus amargas penas? ¿Quién podrá sondear esos abismos de tristeza y amargura, donde tu alma sensible descendió al contemplar las agonías y la muerte del Divino Salvador? Cada cual de sus santísimas palabras era una saeta que penetraba vuestro tierno corazón; una nota que hacía mover, honda y tristemente, las más delicadas fibras del dolor. Mas todo lo sufriste por cumplir la voluntad de Dios y ser la corredentora de los hombres; ¿con qué te pagaremos tanto amor, el sacrificio de tu Hijo, la voluntad sublime y generosa con que ofreciste por salvarnos su inocente vida, los inmensos dolores que oprimieron tu alma en el Calvario? No tenemos sino lágrimas de dolor y de ternura, un corazón que se deshace por amarte, y que bien quisiera dar la vida por Ti, querida Virgen. Tú nos inspiras la más viva y tierna compasión: contemplar delante de tus ojos al Señor, que muere en un piélago inmenso de dolores; oír sus últimas palabras; estar mirando los movimientos convulsivos de su cuerpo, las congojas de su divino corazón, tan triste y apenado, y todo esto durante largas horas; y mientras tanto, Vos ¡oh Madre incomparable! contáis despacio, una por una, todas sus angustias, hasta recoger, por último, su postrer aliento..... Dejad que lloremos un instante á vuestros pies, pues bien sabemos que nuestros pecados fueron los que causaron los dolores de

Jesús y vuestras amargas penas. Por estos mismos, dadnos ¡oh Sagrada Madre! un dolor muy vivo de todas las ofensas que hemos cometido contra Dios, y sea nuestro pesar el consuelo que os presenten vuestros hijos, que quieren disminuir los dolores que por ellos sufriste en la pasión y muerte del Señor.

CAPÍTULO XVI.

EL SANTO SEPULCRO.—MARÍA EN LA SOLEDAD.

§ I.



A muerto el Salvador!..... La angustia y los dolores de la Santa Madre ya no caben en su pecho; habíalos represado en sus entrañas virginales, porque, ¿cómo aumentar con ellos los tormentos de Jesús? Pero ya el Hijo amado no verá las lágrimas ni podrá escuchar los tristes sollozos de María; que desahogue, pues, la Santa Madre su corazón, y derrame sin descanso su amoroso llanto. Antes no se animaba, por ventura, á poner sus ojos detenidamente en el rostro de Jesús; mas hoy le puede contemplar sin temor ninguno, porque Ella sola es la que sufre: así lo hace, y con tal vista, su alma queda saciada de amargura. Pero aun no ha llegado el